Memoria de exilios y exiliados

LUCÍA LUNA

País hospitalario, México ha recibido en su suelo a innumerables inmigrantes de diversas latitudes, que se han fusionado con la cultura nacional. Muy diferentes, sin embargo, se aprecian los flujos migratorios anteriores a los que actualmente ingresan en forma masiva en busca de mejores condiciones de vida o, sobre todo, para ir a Estados Unidos tras la quimera del dólar.

Con una reputada tradición de asilo, la diplomacia mexicana ha dado cobijo durante este siglo -por no ir más lejos- a numerosos perseguidos políticos, que con el transcurrir de los años se han evidenciado como figuras fundamentales en el devenir histórico de sus respectivos países o como destacadas personalidades en los ámbitos de la cultura, las artes y las ciencias.

Unos se fueron, pero muchos otros se quedaron y todos, de alguna manera, enriquecieron con sus aportaciones la vida nacional.

El más importante y el más numeroso de estos flujos sin duda lo constituyeron los refugiados españoles. Perseguidos por el franquismo triunfante y posteriormente acorralados por Alemania y por Italia, a las que se sumó el gobierno colaboracionista francés, encontraron en el presidente mexicano Lázaro Cárdenas su pase a la sobrevivencia.

Entre 25 mil y 30 mil refugiados españoles llegaron a México entre 1939 y 1942. En general fueron bien recibidos, aunque hubo movimientos de derecha, como el sinarquista, que protestaron por la acogida de *los rojos*. Había por supuesto de todo, obreros y campesinos, burócratas y comerciantes, pero entre ellos venía buena parte de lo más granado del pensamiento español.

Grandes nombres que marcaron toda una época en la cultura de México así lo avalan. Imposible mencionar a todos, pero baste recordar figuras como León Felipe o Luis Buñuel; toda una generación de filósofos entre ellos José Gaos, Eduardo Nicol, Joaquín Xirau (y su hijo Ramón ya criado en México), Adolfo Sánchez Vázquez, Francisco Carmona Nenclares y José María Gallegos Roca-full; juristas, como el maestro Luis Re-casens Siches; músicos como Rodolfo Halfter; pintores, como José Moreno Villa o Elvira Gascón; escritores, poetas, historiadores, médicos, arquitectos,

los nombres se suceden en todas las áreas, Santiago Genovés, Francisco Moreno Capdevilla, Max Aub, Margarita Nelken, Magda Donato, Eulalio Ferrer, Enrique Díez Cañedo y su hijo Joaquín, Pedro Garfias, Mariano Ruiz Funes, Rafael Méndez, Juan Larrea o los directamente políticos, como Indalecio Prieto y Juan Negrín.

Además de su obra personal, participaron en la creación de escuelas, bibliotecas, editoriales, sanatorios, teatros, centros de cultura, que quedaron ya como herencia para el acervo nacional.

Menos numerosos, si se les considera por cada una de las nacionalidades, pero igualmente importantes en su conjunto, han sido los exiliados de las dictaduras latinoamericanas, que a fuerza de golpes de Estado han llegado por olas a territorio mexicano. De ellas, la más prolija fue la del decenio de los setenta, cuando la Doctrina de Seguridad Nacional se enseñoreó de la región.

Brasil se adelantó al generarse en 1964 un golpe militar, apoyado por Estados Unidos, para frenar las llamadas "reformas de base" que incluían el reparto de la tierra y de los dividendos de las empresas extranjeras. La persecución contra sindicalistas, líderes políticos y académicos de izquierda fue feroz. Hasta México llegaron varios exiliados. Entre ellos destacaron los académicos Ruy Mauro Marini, Teotonio Dos Santos y Tiago Cinthra; el creador de las ligas campesinas, Francisco Giuliao, y el connotado político Leonel Brizóla, actual gobernador de la provincia de Río de Janeiro.

Ya en los setenta, Uruguay inauguró la cadena de regímenes militares con el golpe militar encabezado en junio de 1973 por Juan María Borda-berry y las fuerzas armadas. El movimiento Tupamaro fue descabezado y sus militantes perseguidos y torturados, al igual que todos aquellos académicos, periodistas e intelectuales que habían reivindicado una socialización para el país. Los que pudieron salieron al exilio. A México llegaron entre, muchos otros, Carlos Quijano, director de *Cuadernos de Marcha* y uno de los más preclaros pensadores uruguayos; investigadores como Samuel Li-chtenstein y Daniel Wachsman; el economista Nicolás Reig y los escritores Ángel Rama y Carlos Martínez Moreno; el cantaautor Alfredo Zita-rrosa, y el grupo de teatro *El Galpón*. Apenas tres meses después vino la asonada de Augusto Pinochet en Chile. Fue este país, sin duda, en el que México más se involucró para la defensa de los perseguidos, dado el acercamiento que hubo entre los presidentes Luis Echeverría y Salvador Allende. El entonces embajador de México, Gonzalo Martínez Corbalá, dio en la sede de la embajada asilo a por lo menos 350 chilenos, y se calcula que por lo menos el doble llegó en los primeros meses a territorio mexicano. Se desconoce el número total de chilenos que llegaron exiliados o au-toexiliados, pero entre ellos muy notoriamente se contó a Hortensia Bussi, viuda de Allende, y una de sus hijas;

Moy Tohá, viuda del ministro José To-há; Clodomiro Almeyda, ex canciller, quien tras larga prisión colaboró con el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM; Pedro Vuskovic, destacado académico del Centro de Investigaciones y Docencia Económicas; Danilo Bartolini, médico de Allende; Hugo V¡-

gorena y Hugo Miranda, último y primer embajador, antes y después de Pinochet y director de la Casa de Chile, el segundo; Anselmo Sule, del Partido Radical y más recientemente Pascal Allende, involucrado en el atentado contra Pinochet.

Argentina no se quedó atrás, cuando en marzo de 1976 el general Jorge Rafael Videla inició con un golpe militar la serie de gobiernos castrenses que dejarían tras de sí una cauda de 30 mil muertos y desaparecidos y obligaron a salir al exilio a incalculables opositores. A México se desconoce cuántos llegaron, pero fue un grupo nutrido en el que se contaban personalidades como el ex presidente Héctor J. Cámpora; su ministro del Interior, Esteban Righi; su jefe de campaña y director del diario de los Montoneros, Miguel Bonasso; ocasionalmente el propio dirigente montonero Mario Firmenich pasaba por el país, y aquí se quedaron con el aporte de su pluma Rodolfo Puigrós y Gregorio Selser. Juan Manuel Abal Medina, largo tiempo asilado en la embajada mexicana en Buenos Aires, colaboró inclusive posteriormente con el gobierno de México a través de la Secretaría de Gobernación.

Bolivia, país de larga tradición gol-pista, aportó su cuota de exiliados fundamentalmente en dos ocasiones: tras los golpes de Hugo Bánzer Suárez en 1971, y de Luis García Meza en 1980. Entre los bolivianos connotados que han estado en México se cuentan al líder socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz - posteriormente asesinado- y su familia; Emma, la viuda del también asesinado ex presidente Juan José Torres; destacados intelectuales como René Zavaleta, Alberto Bailey, Cayetano Llobet y Mario Miranda Pacheco, el poeta Jorge Mancilla, el cineasta Alfonso Gumucio y el rector de la Universidad de La Paz, Oscar Prudencio.

Con golpes o sin golpes de Estado de por medio, la represión llevó a ciudadanos de otros países sudamericanos a buscar fecuentemente refugio en otras latitudes. Así, por ejemplo, de parte de Colombia, México ha visto pasar por su territorio a varios jefes y militantes de los diversos movimientos guerrilleros, sin contar con que tres connotados escritores, Gabriel García Márquez, Alvaro Mutis y Porfirio Barba Jacob, voluntariamente decidieron trasladar, en un momento dado, su residencia a México.

Venezuela, de supuesta tradición democrática, ha tenido a lo largo de los años también sus destacados exiliados en México. Entre ellos están nada menos que el escritor y ex presidente Ró-mulo Gallegos, Miguel Otero Silva, Andrés Eloy Blanco y Diego Córdoba. Por parte de Perú sin duda el que más se recuerda es Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

En el plano centroamericano indudablemente la vecina Guatemala, tanto por su cercanía como por su historia represiva, es la que más se ha acogido a la hospitalidad mexicana. De la dictadura de Jorge Ubico a la fecha han pasado por o vivido en México el ex presidente Juan Jacobo Arbenz; el escritor y premio Nobel Miguel Ángel Asturias; Alfonso Solórzano y su esposa Alaide Foppa; Mario Monteforte Toledo; Augusto Monterroso; Carlos Illescas; y, por voluntad propia, se quedó el recientemente fallecido Luis Cardoza y Aragón. Prácticamente toda la comandancia y numerosos integrantes de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) han pasado largas temporadas en México y, desde hace diez años estableció su residencia la Premio Nobel de la Paz 1992, Rigoberta Menchú.

Durante la larga dinastía somocista, Nicaragua también tuvo sus expatriados. Pasaron entonces por México Augusto César Sandino, Ernesto Mejía Sánchez,elexvicepresidenteSergio Ramírez Mercado y el ex ministro de Cultura y poeta, Ernesto Cardenal. Estudió aquí varios años Jaime Wheelock y tal parece que de un tiempo a la fecha ha fincado aquí su residencia el ex ministro del Interior Tomás Borge.

La guerra en El Salvador desplazó a numerosos dirigentes, militantes e intelectuales, sólo que en este caso particular la mayoría optó por tener a México como una retaguardia para poder entrar y salir de territorio salvadoreño. Establecida en México, la Comisión Política Diplomática del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), sus dirigentes, como Ana Guadalupe Martínez, Salvador Samayoa o Guillermo Manuel Ungo, pasaban largas temporadas en México, inclusive este último falleció aquí, al igual que el periodista Jorge Pinto.

La última remesa de exiliados centroamericanos la aporto la invasión estadunidense a Panamá. El grupo, no demasiado numeroso, estuvo fundamentalmente integrado por militantes del Partido Revolucionario Democrático. Todavía se encuentran aquíel dirigente de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPPAL) y académico Nils Castro, su hermano y también académico, Guillermo Castro, y el ex embajador Jorge Turner.

Cuba se hizo presente en México durante este siglo con grandes exiliados: José Martí, Julio Antonio Mella y Fidel Castro, sin olvidar que de aquí zarpó la expedición del *Granma,* que propiamente puede tomarse como punto de partida de la Revolución Cubana.

Otras islas del Caribe también han estado presentes, como Haití, con la pareja de los investigadores Gerard Pierre Charles y Suzy Castor, o República Dominicana, con el actual presidente de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, Pablo Maríñez.